

Al cabo de un mes de fatigosa marcha, se llegó á la punta de un ángulo, formado por los dos brazos del Nilo; paróse allí el ejército, para formar el campamento, pues el enemigo se hallaba al otro lado, al oriente, entre el Thanis y Mausourah. Esta precaucion era necesaria contra un enemigo que atacaba á cada momento y hasta en los mismos atrinchamientos; Fakareddin que pasaba por el más experimentado de los generales musulmanes, tenia á los cristianos continuamente en alarma. Uno de sus destacamentos, habiendo atravesado el Thanis, el dia de la Natividad del Señor por un paraje algo distante, y á marcha forzada, sorprendió á los que estaban fuera del campamento, matando y cogiendo cuanto fué posible; esto tenia lugar en la hora de la comida. Al tener noticia de esta sorpresa, el Señor de Joinville, se levanta de la mesa, y montando á caballo junto con los Templarios corre á su encuentro para rechazar al enemigo, logrando rescatar algunos señores que habian caido en sus manos (1). Tres meses se emplearon para construir una calzada sobre el Thanis á fin de vadear este brazo, que era ancho y profundo; sin embargo, el trabajo era interrumpido por el fuego griego que los egipcios arrojaban, asi como lo destruian por medio de sus máquinas que no cesaban de disparar.

Esto empezaba á descorazonar al ejército, cuando se presentó un árabe beduino el cual ofreció enseñar un vado si se le daban 500 besans de oro; aceptada esta oferta, el mismo rey fué á reconocer el punto que debia vadearse y resolvió el pasage, á la mañana siguiente 8 de febrero 1250: dividióse el ejército en tres cuerpos; la vanguardia la formaba el Temple; el cuerpo de batalla debia mandarlo el conde de Artois; y la retaguardia, el rey. Aspirando Roberto á la gloria de esta espedicion, y queriéndose señalar pidió al rey, su hermano, le permitiese ir á la cabeza con la vanguardia; pero san Luis, que conocia su genio y ardor indiscreto, así como su impetuoso humor, se lo rechazó; sin embargo, persistiendo en la súplica, le fué concedido, pero con juramento de no emprender nada hasta que hubiera vadeado el rio todo el ejército, que despues del paso del ejército dejaria á los Templarios la vanguardia, incorporándose con el cuerpo del centro que tenia confiado. A todo se sujetó el príncipe, y á la madrugada del dia siguiente, acompañado del árabe, y á la cabeza de 1,400 caballeros Templarios y Hospitalarios y 200 caballeros ingleses, mandados por Guillermo, conde de Salisberi, se dirigió al vado que indicó el guia beduino, y todos los caballeros se arrojaron al agua con intrepidez resuelta. El declive era fácil y el fondo firme y sólido, pero la dificultad estuvo en la salida porque su borde era escarpado, en donde se hallaban 300 egipcios de

(1) Joinville, Tyrii cont. hist. lib. 2^a.

caballería que querian impedir el paso. Los Templarios, que fueron los primeros que salvaron la orilla opuesta, atacaron á la caballería enemiga, dispersándola en un momento, y luego se formaron los del Temple en batalla para proteger el paso del resto del ejército. Habiéndolo verificado, se marchó hácia el campamento enemigo: la vanguardia, espada en mano, arrollaba cuanto se le ponía delante, empeñándose una accion que fué muy gloriosa en su principio y de grandes desastres en sus consecuencias. En ella murió de una lanzada el mismo general Fatareddin, y algunos emires; de estos dichosos principios hubiera seguido sin duda una victoria completa, si el conde de Artois hubiera cumplido lo jurado ante el rey, y sido docil en escuchar, como era prudente, el aviso y consejo del Gran Maestre de Sonnac, que, al ver á Roberto embriagado por este primer suceso favorable, corriendo detrás del enemigo, le gritaba se detuviera, pues aquella fuga podia ser un ardid y astucia muy comun en los orientales; pero Roberto que no escuchaba sino sus arrebatos, llega casi al mismo tiempo que los fugitivos al campo enemigo, fuerza sus trincheras y á pesar de la resistencia, los sarracenos persuadidos de que todo el ejército cristiano era ya dueño del campamento, emprendieron la fuga unos en direccion al Cairo y otros de Mausourah, que tambien desampararon no creyéndose seguros. Nada faltara á un éxito tan glorioso y tan sorprendente si el conde se hubiese contentado con este hecho de armas, aguardando el resto del ejército; pero la vista de Mausourah, abierta y abandonada por el enemigo, fué un atractivo funesto que le arrebató, á pesar de las observaciones que le hizo Sonnac, Gran Maestre del Temple, como vamos á ver.

En el mismo campo de batalla se tuvo un consejo, para deliberar si se proseguiria adelante. Los dos Grandes Maestres y el Conde de Salisberi eran de parecer aguardar al rey con su cuerpo de ejército; pero disgustando este dictamen al conde de Artois, dirigiéndose al Gran Maestre del Temple le dijo:

«Creedme, persigamos al enemigo mientras está en desórden y nuestra gente está en el camino de vencer. ¿Qué es lo que nos impide poner un fin glorioso á esta jornada, pasando por sobre el vientre del musulman que vemos desunido por la huida y desconcertado por el espanto? ¿Qué hay que temer? La retaguardia avanza y nos sigue; si llega el caso de habernos comprometido demasiado, á la menor señal, serémos socorridos por el rey á la cabeza de sus escuadrones impenetrables.»

El Gran Maestre de Sonnac, viejo guerrero, personaje discreto y consumado en la guerra, respondió:

«Señor conde. No hay nadie entre nosotros que no reconozca y rinda á vuestro valor toda la justicia que él se merece: hemos sido testigos, más de una vez, del celo imponderable y grandeza de alma con la cual soste-

neis los intereses de Dios y de su Iglesia; pero, en las circunstancias presentes, os suplicamos modereis el ardor, y permitidnos respirar un momento, después de las ventajas que el cielo nos ha concedido. Sí, por el placer y honor de haber batido al enemigo, nos hallamos indemnizados de cuanto hemos sufrido, pero no podemos decirlo así de nuestros caballos, ningún sentimiento de gozo ni de gloria es capaz de restablecerlos ni de curarles los golpes que han recibido; por lo tanto mi dictámen sería, y es lo más prudente, aguardar el resto del ejército: mientras llega, tendremos tiempo para descansar y reponernos, así como nuestros caballos; aprovecharemos el parecer del rey y su consejo, y nos presentaremos más formidables al enemigo. Los que hemos puesto en fuga no dejarán de advertir que somos pocos, vos los vereis reunidos y volver á la carga con nuevas fuerzas, y yo temo que seamos envueltos, sin ninguna esperanza de retirada.»

A este prudente consejo y parecer de Sonnac, el conde de Artois, con altanería y lleno de cólera, prorrumpió en injurias de una manera indecente contra los Templarios y Hospitalarios, calificándoles de traidores y sediciosos, diciendo:

«Ya hace tiempo, y lo reconozco ahora, que seríamos dueños del Oriente sin las pillerías de esos pretendidos religiosos interesados en contrariar nuestros designios, y tendernos lazos. ¿Será necesario que un solo Templario por sus discursos artificiosos nos prive la ocasión más favorable para dar el golpe mortal al Mahometismo? y todo es para presentarse tanto más necesarios y amalgamar las riquezas de Occidente, procurando que la guerra sea perpétua, haciendo traición á unos, envenenando á otros y firmando alianzas con los enemigos del nombre cristiano. Su conducta con respecto al Emperador es una prueba sin réplica de su malvada intención (1).»

Estas invectivas tan atroces y ultrajes tan poco dignos de un príncipe de sangre real no podían quedar sin réplica y justamente ofendido el de Sonnac, en nombre de las dos Órdenes, respondió con entereza y muy alta la frente, «¡Eh! ¡Cómo! Gran Príncipe, ¿Acaso pensais vos, que nosotros hemos abandonado á nuestros parientes, nuestros bienes y nuestra patria, y hemos tomado el hábito de religiosos en una tierra estrangera, y que espongam todos los días nuestras vidas para hacer traición á la Iglesia cristiana y renunciar á nuestra salvación? Creed que un pensamiento tan indigno, no entró jamás en el espíritu de ningún caballero», (2) y luego dirigiéndose á Fr. Renaldo de Vichiers que llevaba el Baucan, le gritó:

(1) Chron de Nangis año 1219.

(2) id pág. 790.

«Desplegad, desplegad vuestra bandera, es necesario que las armas y la muerte decidan hoy de nuestra suerte y de nuestro honor: seríamos invencibles, si estuviésemos unidos; pero el espíritu de división va á causar la pérdida de unos y otros (1).»

Graves y terribles habían sido los cargos que el conde de Artois, en su arrebato había dirigido á los venerandos y encanecidos jefes de las órdenes, sin embargo no faltó el de Sonnac en vindicar la honra de aquellas como acabamos de ver, por la respuesta enérgica que le hizo dicho Gran Maestre del Temple; pero aun no concluyó aquí la escena. El conde de Salisberi convencido de las acertadas observaciones del Gran Maestre, y temiendo las consecuencias de este desagradable debate, quiso mediar ablandando el espíritu de todos, y dirigiéndose al conde de Artois le dijo:

«Yo creo, Serenísimo Príncipe, que lo más acertado sería seguir los consejos del Gran Maestre: es un caballero de probidad y experiencia reconocidas, que ha encanecido en las armas y en el país, conocedor de la fuerza y astucia de los egipcios, á diferencia de nosotros, jóvenes extranjeros, nuevos y sin experiencia en el arte de la guerra, sabiendo que es muy diferente el modo de guerrear de los orientales del de Occidente,» y dirigiendo una mirada de ternura y algunas palabras de consuelo al de Sonnac con el fin de calmar su disgusto. Pero Roberto conde de Artois cortando la palabra al de Salisberi, le llenó de oprobios é injurias, según relación de Mateo de París el cual no dejó de poner en boca de ambos príncipes lo que su imaginación le sugirió (2).

En fin, la escena terminó, partiendo todos como furiosos, sin orden ni consejo, siguiendo tan solo los impulsos de su cólera y arrebato; las fuerzas por necesidad emprendieron la marcha, unos siguieron á aquellos príncipes por entusiasmo, y los otros por no pasar por cobardes. Á pesar de los gritos que le daba el Gran Maestre del Temple, el conde de Artois á rienda suelta, no le escuchó sino que al frente de su brigada atacó á los sarracenos los cuales huyendo á su presencia le atrajeron hácia Mausourah.

Las dos Órdenes siguieron la misma dirección, verificándose luego lo que había predicho el de Sonnac. Los caballeros de las órdenes avanzaron persuadidos de que iban á presenciar un gran descalabro; pero, como su honor estaba comprometido, arrojaron todos los peligros con el fin de salvar en cuanto fuera posible al ejército. Parte de este, al entrar en Mausourah, se entregó al pillage, mientras el conde de Artois atravesaba la ciudad persiguiendo á los fugitivos; Beudocdar general de los egipcios detuvo á los que huían y con un cuerpo de sarracenos numeroso, atacó

(1) Mateo de París. pag. 790.

(2) Mat. de París, pag. 790

con vigor á Roberto, obligándole á retirarse precipitadamente hácia la ciudad, donde fué embestido muy pronto, y para que no escapase de las manos sarracenas, aquel general tenia tomadas todas las avenidas de la ciudad, y entrando en ella un cuerpo considerable de sus tropas luchan con las pocas fuerzas de Roberto; otro cuerpo infiel se hallaba interpuesto entre el Thanis y la ciudad, para impedir que el rey S. Luis, con el ejército cristiano, pudiera socorrer á su hermano.

El jóven príncipe, cuyo valor le habia precipitado al peligro fué atacado no solo por fuerzas regulares si no tambien por los habitantes de la ciudad. El combate fué sangriento y espantoso: en todas partes habia una lucha de horror, desolacion y muerte, en las calles de Mausourah, se presencié el espectáculo más aterrador que pueda imaginarse; los cristianos eran víctimas de una lluvia de piedras, arena ardiente, de agua hirviendo y de flechas que de todas partes se arrojaban, no sirviendo para nada ni el valor, intrepidez, ni las armas de los soldados para contrarrestar tanto infortunio. Los Grandes Maestres al frente de sus caballeros hicieron prodigios de valor, conteniendo el ímpetu desesperado de los enemigos, pero el combate era desigual y las condiciones estremadamente desfavorables para un buen éxito: la derrota fué completa y de consecuencias deplorables. El conde de Artois, y el de Salisberi, perecieron en esta jornada, el Gran Maestre del Hospital cayó prisionero, el del Temple perdió un ojo; pero, al frente de unos pocos caballeros, espada en mano, se abrió paso por en medio de un enjambre de enemigos que le tenian envuelto, dejando en el campo 240 Templarios.

Esta jornada no fué menos sangrienta en la tarde que lo habia sido en la mañana. Reunidos los musulmanes, atacaron á su vez al ejército mandado por san Luis, si el ataque fué terrible, la defensa tambien tenaz y vigorosa, las pérdidas casi fueron iguales en uno y otro campo; sin embargo, las pérdidas en la caballería cristiana fueron irreparables.

El Rey, advertido por confidencias, que Bendocdar le atacaría el viérnes inmediato, tomó las disposiciones necesarias para oponerse á sus ataques, y dividió el ejército en 8 cuerpos, formando una línea delante del atrincheramiento del campo, señalando á cada jefe el puesto que debia ocupar, el Gran Maestre del Temple, á pesar de sus heridas, ocupó el cuarto con las pocas fuerzas que le habian quedado de la derrota del martes; como su fuerza era la más débil, se le confió las máquinas tomadas al enemigo, para servirse de ellas, en caso de necesidad; además, se tuvo cuidado de cubrirse con un retrincheramiento formado de grandes maderos. A pesar de esta precaucion, este puesto, confiado á los Templarios, fué el primer atacado, y el enemigo, apenas recibió algunas descargas de ballestas, cuando hizo llover sobre los cristianos un torrente de fuego griego que abrasó todo el retrincheramiento; por este medio, el musul-

man avalanzándose sobre los Templarios les forzó matando á un gran número, sin que los otros cuerpos del ejército acudieran á su socorro.

El Gran Maestre, el respetable anciano, que no conocia otras virtudes que luchar por la religion y matar sarracenos quedó tendido en el campo del honor; observándose en el punto que habia ocupado, más de una fanega de terreno, de tal manera cubierta de dardos y flechas, que apenas se veia la tierra (1).

Así murió el Gran Maestre Fr. Guillermo de Sonnac, á quien el historiador Pantaleon, y después de este el caballero Jauna nos representan como un tramposo, que procuraba mucho menos sostener el honor de los orientales, que el conservar las usurpaciones; como un traidor que se habia dejado corromper y sobornar por el sultan de Egipto para envenenar á S. Luis y á los principales de su acompañamiento (2).

¡Qué funesta pendiente la del historiador que deshonra á sangre fria, y hace al prójimo y á la verdad un mal enorme! Es casi imposible que el tiempo ponga en evidencia la injusticia que se ha cometido, haciendo relaciones calumniosas.

Este supuesto atentado del Gran Maestre no se halla indicado siquiera en ninguna historia ó crónica de la época, ni tampoco en ninguna de las vidas de S. Luis, escritas por personas que le acompañaron en sus viajes. Solamente en la de Guillermo de Nangis que murió en 1301, se halla que durante la estancia de S. Luis en la isla de Chipre, se arrestaron algunos malvados los cuales declararon haber sido enviados no solo ellos si no tambien otros, por el sultan de Egipto, para atentar contra la vida del Rey de Francia, y de los jefes de la Cruzada; pero ningun historiador antiguo ha acusado á los Templarios de tener parte en semejante conspiracion; y el primero de los modernos que ha imaginado semejante infamia jamás podrá lavarse de la mancha de calumniador é impostor.

La muerte gloriosa de Sonnac y la derrota de su brigada, no puso fin á esta jornada: el enemigo intentó forzar otros puntos, pero habiendo encontrado en todas partes una resistencia invencible se retiró á su campamento. Entre tanto, el ejército musulman recibia de continuo refuerzos, mientras que el cristiano iba reduciéndose de una manera espantosa; ya no se trataba de avanzar hasta el Cairo, ni de realizar los hermosos proyectos del atolondrado conde de Artois, causa de tantos desastres; este con una gran parte de cristianos estaban fuera de combate; el hambre, las enfermedades, y, sobre todo, el escorbuto diezmaron de tal modo al ejército, que ya no se pensó sino en volverse á Damietta, punto de donde se

(1) Joinville, vida de S. Luis.

(2) Pantaleo de ord. Johan. rebus gestis. lib. 1, pág. 44.—Item. Hist. general de Chipre y Jerusalem tom. 1. pág. 394.

había salido. El enemigo, persuadido de que así lo verificaría el ejército cristiano, apostó con anticipación sus fuerzas á lo largo del camino, y sobre todo en los desfiladeros, de manera que cuando se puso en marcha S. Luis, con los restos de sus tropas, estas fueron envueltas y destrozadas cayendo prisioneros el rey, sus hermanos Alfonso de Poitiers y Carlos de Anjou, con la mayor parte de los señores que formaban lo más florido de la nobleza francesa y extranjera. Triste y aflictivo episodio, acontecimiento lamentable que fué, puede decirse con razón, el final de las brillantes cruzadas que de Occidente pasaron á la Tierra Santa. ¡Qué lastimoso era ver á un Rey tan poderoso, santo y de un valor no común, ser el espectáculo de todo el mundo, como el más desgraciado de los hombres cargado de hierros en poder de los enemigos de la religión cristiana! El conde Pedro de Bretaña, fué elegido para tratar con el sultán la libertad del santo rey y como el hijo de Meleck-Ayub, exigiese para ella, la entrega de las fortalezas que aun quedaban en la Palestina, en poder de los cristianos, el de Bretaña no quiso acceder, prestando pertenecer al emperador quien no consentiría jamás en dida cesión.

Entonces el sultán propuso se le dieran algunos castillos que dependían del Temple y Hospital, y el conde de Bretaña le hizo presente que esto era imposible, por cuanto los Templarios y Hospitalarios que los guarnecián, al encargarse de las fortalezas, hacían solemne juramento de no cederlas por rescate, fuera por quien fuera.

Después de algunos debates, y muchas amenazas por parte del vencedor, el rey consintió en dar por su rescate la ciudad de Damietta y por el de los demás prisioneros un millón de besans.

El joven sultán, por consideración á su ilustre prisionero, se contentó con 800,000, equivalentes á 9 millones de libras. Según un artículo del tratado, san Luis debía pagar á los emires la cuarta parte del rescate antes de salir de Egipto; en su consecuencia, fué preciso reunir todo el dinero que fuese posible, y á pesar de todos los esfuerzos y sacrificios, faltaban aun 30,000 libras; el señor de Joinville, en presencia del Gran Preceptor y del Mariscal del Temple, aconsejó al rey pidiese dicha suma á los Templarios, que podían fácilmente prestarla de su tesoro; al oír esto el Preceptor lleno de sorpresa contestó á Joinville, «¿cómo es posible deis tan mal consejo al rey, no ignorando que de tales encargos no tenemos la propiedad y al hacernos cargo de tales depósitos, juramos no hacer uso de ellos sin la autorización de aquellos que nos los han confiado?» No obstante de estas observaciones, Joinville insistió, aconsejando al rey que si no le prestaban de buen grado aquella cantidad, ordenase tomarla por fuerza. A estas palabras dijo el Mariscal del Temple al rey, «Señor, no hay duda que si quereis, podreis obrar á vuestra voluntad; pero, si seguís los consejos del Senescal, podreis reembolsarnos dicha suma con el dinero que

teneis en Tolemaida.» Entonces Joinville, con el permiso del rey, montó á la galera donde se hallaba el tesoro del Temple, y pidió las llaves de los cofres de órden de su soberano; pero al hallar alguna oposición, cogiendo Joinville una hacha, amenazó hacer astillas el cofre, si no se le abría: entonces, al ver esta resolución, el Mariscal del Temple mandó se le entregasen las llaves, y el Senescal sacó todo el dinero que juzgó necesario (1).

Concluido el tratado, con la condición de una tregua por 10 años entre las dos naciones, se estipuló que todos los cristianos cautivos serían puestos en libertad, y lograda esta, el rey, sus hermanos, el Gran Maestre del Hospital y demás señores, con los desgraciados restos del ejército, se dirigieron á Tolemaida, donde se dieron gracias á Dios por el rescate del rey y demás prisioneros.

(1) Joinville; vida de san Luis.

